toria llamó «los inmaculados» al grupo de directores de la defensa nacional que lo acompañaban.

El Ejército francés, ya fuerte en 30.000 franceses y unos veinte mil imperialistas mexicanos, iba a posesionarse de la Capital y a intentar el dominio del país.

XI

SUEÑO DE IMPERIO

Un día de junio de 1863, entró Forey en México; su primer gesto fué compararse a Cortés diciendo a sus soldados: «Nuestras Aguilas victoriosas van a entrar a la capital de Moctezuma y Guatimotzin; pero en vez de destruir, como Cortés, vais a edificar; en lugar de reducir un pueblo a la esclavitud, vais a libertarle; no venís atraídos por el oro para subyugar a este pueblo inofensivo...» ¡La sombra constante de la obra imperecedera de España y de la actitud correlativa de Prim, persiguió a Napoleón y a todos sus servidores de esta aventura lo mismo en los parlamentos de Europa que en los campos de México, como persigue el remordimiento al delito!

En Europa se habían llevado entre tanto a cabo toda clase de gestiones y farsas de falsas demostraciones de opinión nacional, hasta lograr que una de las señaladas víctimas de Napoleón III, Maximiliano de Austria, luego de renunciar a sus eventuales derechos al trono de su patria, aceptara el

que entre franceses e imperialistas le labraban en México. Nunca el engaño, la diplomacia y la aureola de un jefe de Estado poderoso se pusieron más al servicio de una intriga, ni nunca una explicable ambición personal caminó más derecho al sacrificio; aquel desventurado príncipe, que no carecía de facultades, que era gallardo y simpático, liberal en cuanto era dable, y pacífico, iba a caer merced a unos y otros dentro de una lava ardiente y se iba a constituir en la encarnación de un delito y en la significación de un peligro, que habrían de exigir ineludiblemente su ejemplar castigo personal.

Al entrar Forey en México, los conservadores imperialistas, que ya traían muchos desengaños, sufrieron el espantoso de ver que el jefe militar francés aceptaba lo esencial de la Reforma de Juárez; luego constituyó una Junta gubernativa que llevó a la Junta de Notables la ponencia, que ésta aceptó, declarando que México adoptaba la monarquía entronizando a un príncipe católico que sería «Emperador de México», corona que se ofrecía a Maximiliano, Archiduque de Austria, y a sus descendientes, y que, «en el caso de que por circunstancias imposibles de preveer, no llegase a tomar posesión del trono..., la nación mexicana se remite a la benevolencia de Su Majestad Napoleón III, para que indique otro príncipe católico...» El 3 de octubre, recibía Maximiliano a la Comisión que en Miramar le ofrecía el trono, y él, *contando con*

que lo aceptara la mayoría nacional, aceptaba el cargo. Entre tanto, los miembros de la Comisión, hecha Regencia, pasaban por el trance de que el mando francés les resultaba ideológicamente Juarista y reformador, y Almonte recibía del propio Napoleón la siguiente admonición: «Ciertamente, mientras que el Ejército francés esté en México, no permitiré que se establezca una reacción ciega, que comprometería el porvenir de ese bello país, deshonrando nuestra bandera a los ojos de Europa.»

Forey y los jefes franceses empezaban a sentir un positivo respeto por Juárez y sus Generales; al rendirse Puebla de modo espartano, Forey dijo a los jefes vencidos: «Su proceder, señores Generales, es un acto altamente honroso para México.» Arrangoiz, imperialista, dice sobre este episodio: «Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas, con algunos fosos poco profundos y no por todos lados. Al ver que Estrasburgo y Metz poco más tarde se rindieron a los treinta y ocho días, la primera, y a los setenta y dos, la segunda, y que en Metz era igual la fuerza sitiada a la del sitiador, debe considerarse la defensa de Puebla como una de las más bizarras y notables hazañas militares de nuestros días, en la cual un general improvisado y no de carrera (González Ortega), dió un ejemplo que no han imitado los Generales Bazaine y otros, que han mandado plazas fuertes en la guerra francoprusiana, ya que Ortega, sin aceptar condiciones, destruyó e inutili-

zó todas las armas y cañones y no pidió clemencia.»

Bazaine, al llegar, arreció aún más su oposición contra los reaccionarios. ¡Sufrieron los malos mexicanos el sino de todos los traidores: «¡Porque el traidor no complace siendo la traición cumplida»!

Juárez, en tanto, llega a San Luis de Potosí, y fulmina contra «esa facción de traidores y cobardes mil veces vencidos en luchas interiores; fanáticos crueles, que lejos del peligro, decretan la proscripción y la muerte de los patriotas leales». Pero, como dice Virgil: «En 1863 era sombría la situación de México. Envueltos los Estados Unidos en la guerra civil, nada hacía esperar de ellos el apoyo que les imponía la necesidad de mantener la Doctrina Monroe; las simpatías de las Repúblicas Sud-Americanas, ardientemente menifestadas por la Prensa, los parlamentos y los mismos gobiernos, no podían traducirse en resultados positivos...» México estaba sólo en la liza, abandonado a su propia energía.

Juárez tiene el gesto nobilísimo de nombrar su Ministro de Guerra al equivocado Comonfort, que le pide un rifle para morir como soldado frente al invasor y que a poco recoge la corona del martirio.

El gran rector consolida su núcleo; todo lo regía, todo lo apretaba, su recia dictadura defensiva lo elevaba sobre todas las espadas y por encima de todas las capacidades lo engrandecía su voluntad inquebrantable; era la primera vez que un hombre civil iba

en América a dirigir la empresa de una defensa nacional desde su silla de magistrado.

Maximiliano, entre tanto, recibía una mañana de primavera de 1864, en su idílico palacio de Miramar, a las comisiones que iban a engañarlo y acepta la consumación del engaño diciéndoles, mediante lectura de un documento redactado en español: «Un maduro examen de las actas de adhesión, me dan la confianza de que la inmensa mayoría del país ha ratificado el voto de los *Notables*, por lo que puedo considerarme como elegido por el pueblo mexicano, cuyo trono acepto con el consentimiento del Augusto jefe de mi familia.»

Seguidamente, los pobres señalados para el ya inevitable sacrificio, se embarcaron en la fragata de guerra austríaca «La Novara», que antes de cuatro años volvería a tomar ruta para recoger los restos del iluso, símbolo de la frase que grabó el Dante en la puerta de su infierno, contra todas las aventuras coronadas sobre América: «Dejad toda esperanza.»

Llegaron «los emperadores» a Veracruz el 28 de mayo de 1864. ¡Empezaba el sueño de Imperio! ¡Los emperadores franceses, según la frase de Eugenia, tenían ya «su guerra»! ¡El *gran pensamiento* del Imperio!

Juárez parece entretanto ser perseguido por un hado infausto, recibe golpe tras golpe, lo aniquila desastre tras desastre; camina siempre más lejos hacia el Norte, dis-

minuye su coro de «inmaculados»; pero su mano no deja el timón un solo día y su fe no le desvía del derrotero.

XII

FRENTE A FRENTE

Ya el rubio Maximiliano, el iluso, y el cobrizo Juárez, el fuerte, están simbólicamente enfrentados. Ya en teoría, dentro del mismo territorio, y para regir a un mismo pueblo, hay un Estado Imperial intruso y un Republicano independiente. Francia, efectivamente representada por un Mariscal y 40.000 soldados, ayudada por unos 30.000 imperialistas nacionales, por el Clero, por los notables, trata de imponer al primero; los guerrilleros veteranizados en la Guerra de Reforma o ahora impovisados, y algunos jefes conservadores patriotas, dirigen fuertes grupos armados que van cuajando en ejércitos y que irán en aumento hasta superar a los imperialistas, y una selecta minoría de hombres superiores, defienden a la patria soberana; los Estados Unidos se destrozan en terrible guerra civil, y la América hispánica hace votos románticos y exaltados por la causa de la República. Por encima de todo flotan la inconsciencia de Maximiliano, el descendiente de Carlos V, y

la firmeza del indio, el hijo de la entraña nuricia, el hombre del terrible realismo en la acción y la iluminada esperanza en el empuje.

«Maximiliano—dice don Justo Sierra—, era en toda la acepción del término un aventurero, un hombre nacido para la aventura, al que no arredraban las empresas temerarias, si al fin de ellas vislumbraba un resultado en consonancia con su ambición; era un segundón como la mayor parte de los aventureros, que soñaba con desempeñar un papel principal. Lo buscó en Austria, en el mundo de las ideas, y por eso era liberal como su suegro (el Rey de Bélgica). México era lo desconocido, la arcilla intacta..., se sintió con inspiración, con valor, con el divino don de gobernar; pero iba a una novela que el destino iba a transformar en tragedia, porque él no era ni político, ni administrador, ni soldado; era un soñador, un artista, un poeta; su sentido práctico era Carlota, él sólo veía el golpe teatral y la decoración, siempre pensó en el escenario... Era liberal y aun francmasón... Así declaró frente a las exigencias del Papa Pío IX, que tenía el derecho de Patronato como los Reyes de España, que aun cuando la Religión Católica era la del Estado, se tolerarían todos los cultos, y respecto a las leyes de nacionalización, sólo recomendó al Consejo de Estado, revisar los casos de ilegal aplicación...» En otros términos, consolidó la Reforma», cuando había sido llamado para destruirla, agreguemos.

¡Tal era el abismo de contradicciones y la debilidad esencial del iluso que iba a enfrentarse a aquella realidad granítica que era Juárez!

Hablando de la firmeza incontrastable de Juárez, dice el señor Puig en su citado estudio: «Algo de poco valor y de menos seriedad como crítica histórica sería que tratáramos de probar la inquebrantable fe de Juárez y su seguridad en el triunfo para México..., buscando esas pruebas en palabras de documentos oficiales... Pero algo muy distinto es llegar a ese resultado por encontrar pruebas de su actitud mental constante en cartas de perfecta intimidad para los familiares». Y, en efecto, tomando al acaso cartas de tan interesante colección, podemos ver cuál era el leal estado de ánimo del voluntarioso defensor de México:

«Ya comprenderá usted—dice a un familiar en 5 de enero de 1865—, que la dominación de esta República es empresa muy superior a las fuerzas del Austríaco. El tiempo y nuestra canstancia lo derrotarán al fin.»

Comunica un revés de importancia y hace este comentario:

«Si tal hecho fuese cierto, tendremos una desgracia más que lamentar; pero el enemigo no habrá por ello completado su conquista.»

El 3 de agosto de 1865, lo rodean ya los franceses en su retiro del Chihuhua, en el extremo Norte del país, y sólo comenta: «Los franceses ya están a cuarenta leguas

de esta ciudad... Pronto me retiraré... Este chubasco será pasajero y no significa un triunfo definitivo del enemigo.»

El 5 de enero del 66, festivamente dice:

«Si hace dos años que contaban con dinero abundante y con un ejército florido, numeroso y bien armado, con el prestigio que da la novedad y con las simpatías y cooperación del partido clerical y de todos los traidores, hubieran sabido utilizar esos elementos, tal vez desde entonces hubieran posesionádose de este país; pero ahora podremos decirles lo que el gachupín al pollo que se tragó vivo y que gritaba al pasar por el gañote: tarde piachi, amigo pollo. Ahora la cosa es diferente, no sólo porque perdieron las mejores oportunidades y ha disminuído la fuerza física y moral..., y ya sabe usted que, como decía el otro, el que no espera vencer, ya está vencido. Vamos andando y el tiempo sancionará pronto esa verdad en este país.»

Juárez, para que se amargara aún más su terrible situación, tropieza con la ley, él, el fanático de la legalidad; cumple su período presidencial y debe, o convocar a elecciones o retirarse para que por ministerio de la ley lo suceda el Presidente de la Suprema Corte, que lo es el vencedor en la Reforma, el héroe de la epopéyica caída de Puebla, González Ortega; se plantea el problema, ve que hay un núcleo de sus hombres que rodea al sustituto, nervioso ya hasta la enfermedad, por su inquietud ambiciosa; y se resuelve a uno de sus mayores sacrifi-

cios, consuma una de sus tragedias íntimas más terribles; en el poder le esperan la derrota casi segura, el sacrificio evidente, la penuria constante; su palacio es el desvencijado coche de viaje, su Corte los «inmaculados» ya divididos, su ejército una menguada escolta y muchos generales desconfiados y repartidos en la extensión territorial; la ambición que puede tener es la de vencer al Imperio o morir en la demanda; si se aparta del poder puede descansar, puede eludir la mayor responsabilidad que conoció mexicano nacido. Siente que abandonar aquella nave en medio de la tempestad es mandarla al abismo de la derrota; estima lo que son militares en el poder, las rivalidades que entre todos ellos suscitaría un compañero improvisado Presidente, y se resuelve a afrontar el juicio de la Historia: acepta el golpe de Estado, se afirma en la Presidencia hecha dictadura. ¡Nunca una más justa ejercida! Era el «Dictator» de los Romanos; nunca una más peligrosa, nunca una mejor creada sólo para defender a la patria en peligro y para usufructuar ese martirio.

Así, mientras el uno, el príncipe, en Miramar recibe entre halagos falsos el miraje de ensueño de un Imperio paradisíaco y tropical, Juárez acepta el imperio dictatorial de un trágico combate en pleno campo de batalla, con perfecto conocimiento del peligro, con estimación cierta de la posible recompensa: la inmortalidad histórica o la derrota, la muerte y el desastre, arrastran-

do las de la Patria. Son dos psicologías frente a frente.

Respecto al llamado «Golpe de Estado», heroicamente llevado a cabo por Juárez, sólo en bien nacional, hasta el más duro de sus detractores contemporáneos, don Francisco Bulnes («El Verdadero Juárez»), ha tenido que decir: «Siendo imposible que Juárez se rigiese por la letra de la ley, era indispensable qu elo hiciera por su espíritu, y conforme a él, Juárez, pues, no dió golpe de Estado, obró correctamente.»

Basta leer la Constitución de 1857 y comparar sus textos con la situación para fundar la justicia y la legalidad con que obró Juárez, aun creyendo que sea del caso hacer una exégesis jurídica en situaciones como ésta. Ni el Presidente de la Suprema Corte de Justicia estaba en funciones de tal, ni había posibilidad de que el Presidente sustituto convocara a elecciones, ni tenían excepción aplicable al caso las omnímodas facultades que a Juárez se habían concedido desde diciembre de 1861.

La preocupación del caudillo se traduce en sus cartas:

«Aquí (dice a su yerno) también se preocupan las gentes con lo que sucederá después de noviembre; yo estoy en un potro, porque todos hacen depender de mi resolución la suerte futura del país. Ya debe usded suponer cómo estará mi cabeza.»

Después de estar dudando mucho, según se ve por esta mismo correspondencia, en noviembre escribe a su propio yerno:

«Remito a usted el periódico oficial en el que verá las medidas que he dictado respecto de la Presidencia y del General G. Ortega. Naturalmente, esas resoluciones me deben traer disgustos y persecuciones; pero no me importa, porque al dictarlas he creído cumplir y prestar un nuevo servicio a la patria. Creo que la Nación aprobará mi determinación y que no será motivo para que se encienda la guerra civil... El país y la suerte me ayudarán siquiera por la buena intención que me guía.»

Mientras Juárez, todo fuerza, todo resolución, se resolvía así a ser víctima de sí mismo en aras del triunfo de una causa y con la sola problemática recompensa del triunfo, sumergiéndose entre tanto en el abismo de lo dudoso, Maximiliano, todo inconsecuencia y frivolidad, disgustaba profundamente al partido conservador, pues, su espíritu, educado en otra escuela, lo hacía caer del lado de la obra de la Reforma y de la supremacía laica frente al clero; pedía un Concordato para que se reconociera la tradicional regalía del Estado, y él mismo contestaba ciertas quejas de los Obispos en una carta que es la mejor defensa de la obra liberal, acabando por decretar la tolerancia de cultos, todo con la simpatía de Bazaine, el Mariscal francés, que sea porque sus ideas eran esas, sea porque la tirantez de Maximiliano con sus mexicanos, ayudaba la propia política que hacia con miras acaso personales o para tener a

merced de la Intervención a todos los imperialistas y al Emperador.

Pero Maximiliano hace más, sueña con conquistarse a Generales liberales republicanos como Díaz, y hasta escribe al propio don Benito, antes de desembarcar, a cuya carta, Juárez, contesta así: «A Maximiliano de Hapsburgo, desde Monterrey, el 28 de mayo de 1864. Muy respetable señor: Me dirige usted particularmente su carta del 22 del pasado, fechada a bordo de la fragata «Novara», y mi calidad de cortés y político me impone la obligación de contestarla, aunque muy de prisa y sin una redacción meditada, porque ya debe usted suponer que el delicado e importante cargo de Presidente de la República absorbe todo mi tiempo, sin dejarme descansar de noche. Se trata de poner en peligro nuestra nacionalidad, y yo, que por mis principios y mis juramentos, soy el llamado a mantener la integridad nacional, la soberanía y la independencia, tengo que trabajar activamente, multiplicando mis esfuerzos, para corresponder al depósito sagrado que la Nación, en el ejercicio de sus facultades, me ha confiado; sin embargo, me propongo, aunque ligeramente, contestar los puntos más importantes de su citada carta.

Me dice usted que, abandonando la sucesión a un trono de Europa, abandonando a su familia, sus amigos y sus bienes y, lo más caro para el hombre, su patria, se ha venido usted y su esposa, doña Carlota, a tierras lejanas y desconocidas, sólo por co-

rresponder al llamamiento espontáneo que le hace un pueblo que cifra en usted la felicidad de su porvenir. Admiro positivamente por una parte toda su generosidad, y, por la otra parte, ha sido verdaderamente grande mi sorpresa al encontrar en su carta la frase: *llamamiento espontáneo,* porque yo ya había visto antes que, cuando los traidores de mi patria se presentaron en comisión por sí mismos en Miramar, ofreciendo a usted la corona de México, con varias cartas de nueve o diez poblaciones de la Nación, usted no vió en todo eso más que una farsa ridícula, indigna de ser considerada seriamente por un hombre honrado y decente.

Contestó usted a todo esto exigiendo una voluntad libremente manifestada por la Nación, y como resultado del sufragio universal: eso era exigir una imposibilidad; pero era una exigencia propia de un hombre honrado. ¿Cómo no he de admirarme viéndole venir al territorio mexicano, sin que se haya adelantado nada respecto a las condiciones impuestas; cómo no he de admirarme viéndole aceptar ahora las ofertas de los perjuros y aceptar su lenguaje, condecorar y poner a su servicio a hombres como Márquez y Herrán, y rodearse de toda esa parte dañada de la sociedad mexicana?

Yo he sufrido, francamente, una decepción; yo creía a usted una de esas organizaciones puras que la ambición no alcanza a corromper.

Me invita usted a que vaya a México,

ciudad a donde usted se dirige, a fin de que celebremos allí una conferencia en la que tendrán participación otros jefes mexicanos que están en armas, prometiéndonos a todos las fuerzas necesarias para que nos escolten en el tránsito, y empeñando, como seguridad, su fe pública y su palabra y honor. Imposible me es, señor, atender a su llamamiento: mis ocupaciones nacionales no me lo permiten; pero si en el ejercicio de mis funciones públicas yo debiera aceptar tal intervención, no sería suficiente garantía la fe pública, la palabra y el honor de un agente de Napoleón, de un hombre que se apoya en esos afrancesados de la Nación mexicana y del hombre que representa hoy la causa de una de las partes firmantes del tratado de la Soledad.

Me dice usted que de la conferencia que tegamos, en el caso de que yo la acepte, no duda que resultará la paz y con ella la felicidad del pueblo mexicano, y que el Imperio contará en adelante, colocándome en un puesto distinguido, con el servicio de mis luces y el apoyo de mi patriotismo. Es cierto, señor, que la historia contemporánea registra el nombre de grandes traidores que han violado sus juramentos y sus promesas; que han faltado a su propio partido, a sus antecedentes y a todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado; que en esas traiciones el traidor ha sido guiado por una torpe ambición de mando y un vil deseo de satisfacer sus propias pasiones y aun sus mismos vicios; *pero el encargado actualmente de la Presidencia de la República, salido de las masas oscuras del pueblo, sucumbirá—si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba—cumpliendo con su juramento, correspondiendo a las esperanzas de la nación que preside y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia.*

Tengo la necesidad de concluir por falta de tiempo, y agregaré sólo una observación. Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de los bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; *pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la Historia. Ella nos juzgará.*

Soy de usted s. s., *Benito Juárez.*»

Esta carta es un poema cívico que debiera constar en mármoles y bronces; el recio indígena le dice al hijo de los Césares de Europa, que su tiempo no puede perderse en conversaciones con un instrumento de Napoleón, que ha sido perjuro a sus primeros propósitos, que parecían horados; que oírlo es traicionar a la patria y que al servicio de ella y de su independencia morirá si es preciso, emplazándolo ante el supremo tribunal del porvenir. Difícil es que Maximiliano haya entendido materialmente esa carta y menos que sus servidores mexicanos se la hayan traducido fielmente; pero sólo con que conociera la frase de Prim recordando cómo Iturbide había perecido, por ser tal la suerte de los Reyes artificiales o im-

puestos y con que entendiera la misiva austera y grave del gran repúblico, tenía para medir el abismo hacia el cual lo llevaba su marcha entre flores y bambalinas preparadas, desde Veracruz a México.

Europa no conocía estos desafíos, los mismos de las Revoluciones inglesa y francesa no habían sido así. Algunos espíritus escogidos ya iban comprendiendo lo que iba a ser aquella lucha y quién era Juárez; otros, es lógico que lo tomaran tan a risa como pudo tomar Goliat la honda en manos de David.

XIII

HACIA EL FIN

Juárez marcha, marcha hacia afuera, de San Luis a Saltillo, de Saltillo a Monterrey, de Monterrey a Presidio del Norte. Vidaurri, el fuerte jefe norteño, lo desconoce y traiciona; muchas veces está a punto de morir; pero sabe que triunfará, lo ayuda su causa; se organizan ya mejor las milicias republicanas; lo ayudan también los errores de Maximiliano, de los reaccionarios y de los jefes franceses. En el campo republicano, Juárez es sólo él el director, su tenaz voluntad lo barre todo; en el imperialista hay un caos de contradicciones, de envidias, de suspicacias y de cambios de orientaciones, es «una casa sin cimientos ni puntales».

La profecía de Prim se cumple al pie de la letra; los franceses son los dueños del suelo que pisan; pero las guerrillas les pican la retaguardia, los sorprenden en las noches, se les aparecen entre las ciudades, les incendian los bosques, les envenenan las aguas y la enorme ganadería equina me-